FETICHISMOS Y CLAROSCUROS EN LA GESTIÓN ENERGÉTICA DE LA MATERIA DESCARTADA

Contradicciones de un sistema de recolección y tratamiento de residuos que apuesta a la naturalización de la irresponsabilidad social y al negocio de unos pocos. A cambio, la energía incansable de cartoneros y quemeros ha hecho visible el conflicto oculto en las sombras de la noche de la recolección. En José León Suarez conviven hoy, como en un palimpsesto, los rellenos sanitarios, las plantas térmicas de última generación y las plantas sociales en las que los operarios realizan precariamente lo que ni el Estado ni la sociedad logran articular con vistas a un futuro sustentable.

SEBASTIÁN CARENZO

Un kilo por día. Esta relación expresa, en promedio, la cantidad de residuos generados por habitante en el área metropolitana de Buenos Aires. Así, diariamente más de trece millones de kg de residuos deben ser dispuestos en algún sitio. La magnitud intimida. Trece millones de lo que sea es mucho, pero si es *basura* parece aún más. Resuena la advertencia lanzada por Mary Douglas sobre el atávico sentido de peligro asociado a todo aquello clasificado como "suciedad" y su consecuente traducción en operaciones de segregación y limpieza[1]. De allí que los sistemas de gestión de residuos modernos, recuperan principios elaborados por el higienismo de comienzos del siglo XIX: circunscribir, contener y alejar *miasmas y basuras* en periferias y márgenes de los centros urbanos.

El diseño estructural del sistema vigente en la metrópolis porteña fue obra de la última dictadura cívico-militar. La creación en 1978 de la empresa público-privada Cinturón Ecológico del Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE)[2] permitió concentrar la disposición final de los residuos generados en la Ciudad de Buenos Aires y los veintiocho municipios bonaerenses circundantes en rellenos sanitarios localizados sobre áreas bajas. La planificación castrense aseguraba que estos sitios se convertirían luego en áreas parquizadas para esparcimiento y que el nue-

* **Sebastián Carenzo.**
Doctor en Antropología Social (Universidad de Buenos Aires) e Investigador Adjunto del CONICET. Es coordinador editorial de la revista *Cuadernos de Antropología Social* (FFyL-UBA). Sus investigaciones más recientes se focalizan en el abordaje etnográfico de la materia descartada.

vo sistema tendría 100 años de vida útil.[3] Sin embargo, una inadvertida resistencia al régimen encarnada en la basura terminó opacando en pocos años la pátina ecologista que barnizaba el sistema proyectado.[4] Los parques arbolados nunca brotaron de la basura. En cambio, crecieron los rellenos. Como la orogénesis residual que generó un relleno de más de 30 metros de altura en González Catán. Esta no ha sido la única transformación originada en aquel período cuyos efectos se prolongaron avanzada la etapa democrática. El decreto-ley 9.111 crea el CEAMSE y dispone también la prohibición del *cirujeo*. Una vez depositada en la vía pública la basura resultaba propiedad del municipio, confiriendo la potestad de su manipulación exclusivamente a las empresas privadas de recolección que licitaban el servicio. Con la norma, *cirujas* y *botelleros* pasaron a revistar como categorías delincuenciales, pudiendo ser detenidos y demorados en comisarías. ¿El delito? Robar peso, ya que el nuevo sistema se organizaba comercialmente en kilos. Empresas de recolección que cobraban por kilo recolectado y transportado, al igual que el CEAMSE por su enterramiento. Resta señalar que con el pasaje a manos privadas, la recolección comenzó a realizarse durante la noche, volviendo menos evidente la labor de camiones y recolectores en el espacio público.

En este marco se forjó durante las últimas tres décadas nuestra relación con la materia descartada. Casi imperceptiblemente fuimos disciplinando nuestros hábitos sanitarios domésticos. La basura *se saca* de noche. Antes sobre la vereda al pie del árbol, más recientemente dentro del contenedor, esta modalidad de descarte de los residuos fue sedimentando en rutina, tornándose lentamente irreflexiva. Nos acostumbramos a que la basura *desaparezca*, literalmente, de la noche a la mañana. La bolsa de residuos se esfumaba sin dejar rastros sensibles, favoreciendo la invisibilización social de su tránsito y destino. Esto contrastaba con aquello que ocurría en la etapa inmediatamente previa al CEAMSE, cuando las fachadas de Buenos Aires se cubrían de un persistente hollín difuminado a la atmósfera por cientos de miles de incineradores de edificios donde se quemaban los residuos. Las densas columnas de humo negro y el molesto tizne resultante, actualizaba día a día el carácter problemático de la gestión de la basura. Finalmente los incineradores fueron prohibidos en 1977 como parte de la política de saneamiento ambiental impulsada por el gobierno de facto, luego vino el CEAMSE. Desde entonces y por décadas nuestro vínculo con la materia descartada estuvo modelado por su aséptica desaparición nocturna en manos de recolectores privados. La facilidad y (aparente) inocuidad que envolvía el descarte cotidiano de residuos coadyuvó decisivamente para invisibilizar magnitudes y para despojar al sector doméstico del sentido de la responsabilidad frente a un tema que incumbe a la sociedad en su conjunto. Volvamos entonces a los millones de kilos diarios de residuos y la paradojal lógica que sostiene su gestión: el crecimiento sostenido del volumen de residuos generados no representa un grave problema socio-ambiental, sino un formidable negocio para un puñado de empresas. Afortunadamente dos fenómenos concurrentes configuraron el hecho maldito que permitió arrojar algunos destellos de reflexividad en una sociedad confortablemente adormecida a la hora de pensar(se) en relación con los desechos.

El carácter performativo del hecho maldito

El colapso del sistema de rellenos, la reacción social asociada y la irrupción del fenómeno cartonero resultan fenómenos profundamente conectados; no tanto a nivel de la base social que los sostiene, sino por su efecto interpelador sobre la agenda pública vinculada a la gestión de residuos.

Las denuncias por contaminación y afectación de la salud y el hábitat elaboradas desde distintos colectivos sociales en perjuicio del sistema de rellenos, promovieron su clausura en Villa Domínico, Ensenada y parcialmente en Gonzalez Catán. En consecuencia, el único actualmente operativo es el "Complejo Ambiental Norte III", localizado en José León Suárez. Sin embargo, su capacidad original está rebasada y los pronósticos más optimistas estiman que su vida útil podría extenderse unos cinco años más. La situación resulta aún más crítica, ya que las sucesivas gestiones de gobierno no pudieron habilitar nuevos rellenos debido a la oposición vecinal que aflora intempestivamente ante el mínimo rumor. Conocidas como protestas "NIMBY" (Not In My BackYard: no en mi patio trasero) refieren a disputas en torno a la distribución social de las externalidades negativas de estas instalaciones. Los beneficios de la localización de infraestructura sanitaria resultan difusos, al extenderse al conjunto de la población en un amplio territorio; mientras que sus efectos negativos se concentran en el espacio local circundante al emplazamiento. Destaco dos lecturas posibles y en tensión. Por una parte, resulta difícil restar legitimidad a la conflictividad que suscita un posible nuevo relleno si atendemos a la experiencia de sufrimiento de sus moradores cercanos –de sectores populares, siempre– acicateada por olores nauseabundos, erupciones cutáneas y carcinomas. Por otra, resulta igualmente difícil obviar una problematización de la virulenta reacción anti-CEAMSE, si consideramos que frecuentemente está sostenida por argumentos en torno a la potencial amenaza a un *estilo de vida* que deja por fuera una reflexión seria en torno a la responsabilidad colectiva en el crecimiento sostenido de la producción de residuos. Fenómeno vigorizado por el mayor acceso al consumo en todos los estratos sociales. Desde una mirada situada en el contexto metropolitano, la idea de *basura cero* resulta un slogan atractivamente vacío, desvinculado de un anclaje empírico alcanzable en el corto o mediano plazo. Una significativa porción de los residuos secos que podría

reutilizarse y/o reciclarse no tiene mercado, mientras que aun cuando pueda aprovecharse la fracción húmeda (para compost o energía) debe ser dispuesta en algún sitio. Es imperioso contar con tecnologías superadoras de los rellenos tal como los conocemos, así como reducir el volumen de residuos enterrados. Pero la incómoda verdad es que los necesitamos y que nuestro margen de maniobra para generar respuestas creativas y movilizar voluntades políticas entró, hace rato, en tiempo de descuento. Con sus múltiples aristas y contradicciones la *crisis de los rellenos* ha impactado en medios masivos y agendas de gobierno. Desde allí ha contribuido decididamente a abrir brechas en el sentido común sedimentado en una lánguida y anodina desresponsabilización colectiva.

Con el nuevo siglo, y en forma concomitante, el *fenómeno cartonero* irrumpió en la escena pública reforzando y amplificando este efecto interpelador. La recuperación de *materiales* de la *basura* –plásticos, papel, cartón, vidrio, etcétera– permitió impugnar su acepción naturalizada como materia inútil posconsumo. Al *cartonear* en la calle, de día, construyendo vínculos con *vecinos-clientes*; estos sujetos disputan las claves de organización del sistema *oficial* de gestión de residuos modelado en la (a)sociabilidad y el ocultamiento. A través de sus curtidas manos, resucitan desechos en una nueva vida social, cargándolos de sentidos, sosteniendo y/o produciendo vínculos e identidades. Siguiendo a Appadurai, esto se lograba operando una *desviación* respecto de la *ruta* establecida en la biografía de la materia descartada. Al hacerlo evidencian la tensión que envuelve su pasaje a través de diferentes *regímenes de valor*[5]. Doy más precisiones. En el sistema *oficial* operado por las empresas de higiene urbana y el CEAMSE la valorización se deriva de la fungibilidad de la basura y su realización está garantizada por la creación de stocks vía enterramiento masivo. En contraste, la producción de valor económico en el circuito *no oficial* es resultado de la (re)mercantilización de la materia, reactualizando su valor de cambio aun después de desechada. La realización del valor depende entonces del flujo más que del stock ya que, una vez clasificados y acondicionados, los materiales prosiguen diversas rutas como insumos fabriles tanto en circuitos locales como globales.

Aquí radica el aporte sustancial realizado por los cartoneros. Sin *desvío* no hay reciclaje como posibilidad en abstracto, pero sin *clasificación* (los materiales en tipos y componentes) no existiría el reciclaje como práctica anclada empíricamente. La conversión de *basura* en *materiales* no puede disociarse de su trabajo, encarnando el pasaje entre regímenes de valor. Con ello la misma materia (antes como basura y luego como material) se inscribe en otro entramado de relaciones sociales, en otro circuito productivo, en otras formas de nominarla y relacionarse con ella. El trabajo cartonero desborda entonces una interpretación economicista. Volviendo a Douglas, clasificar los materiales implica reordenar el caos abigarrado, descontaminar, producir pureza, restar peligro. Para decirlo sin ambages, los cartoneros contribuyeron medularmente a elaborar (y socializarnos) en una nueva *cultura material de los desechos*. En términos de Daniel Miller, su práctica cotidiana *objetifica*[6] brinda soporte material a un desplazamiento cognitivo central para problematizar el carácter irreflexivo, opaco y rutinario de nuestra relación con ellos.

Energía(s) (in)visibilizadas

Un tercer fenómeno básicamente focalizado en ámbitos de gobierno, corresponde a la multiplicación de propuestas de aprovechamiento de la basura con fines energéticos. Para ello recurren a un variado rango de tecnologías que apuntan al empleo de residuos como combustibles, incluyendo desde la incineración convencional a procedimientos más complejos como gasificación, pirólisis y arco de plasma. Dados los efectos comprobados o el alto nivel de incertidumbre respecto de su impacto socioambiental, ninguna de ellas goza de aceptación social extendida. La emisión de gases y cenizas tóxicas, así como su contribución al calentamiento global, eluden su etiquetamiento como tecnologías "verdes" o "renovables". Del mismo modo, son resistidas por las organizaciones de cartoneros y recuperadores, ya que compiten directamente con ellos al quemar materiales que podrían reciclarse y/o reutilizarse. Sin embargo, existe una tecnología de aprovechamiento energético que encuentra amplio consenso, tanto entre activistas verdes como funcionarios públicos y empresarios: la generación de energía eléctrica por combustión, pero aprovechando el gas metano liberado por la biodegradación anaeróbica de residuos enterrados en rellenos. El empleo de este biogás como fuente de energía alternativa está contemplado dentro del mecanismo de desarrollo limpio establecido por el protocolo de Kyoto, acuerdo promovido por Naciones Unidas para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero que causan el calentamiento global. La Unión Europea marca tendencia, en tanto el 30% del biogás aprovechado proviene de la desgasificación de rellenos, aunque también China, México, Estados Unidos y Brasil presentan firmes avances en esta línea.[7]

En José León Suarez existe. Efectivamente, una flamante planta aprovecha el metano generado en el relleno sanitario localizado en el Complejo Sanitario Norte III para producir energía eléctrica. Las Centrales San Miguel y San Martín alcanzan una capacidad instalada de 18,8 megawatts (MW) equivalente al consumo de aproximadamente 28.000 habitantes, mediante conexión directa a la red de Edenor. Las obras iniciadas en 2010 demandaron una inversión de varios cientos de miles de pesos asignados por licitación pública de ENARSA, de la que resultó beneficiaria Enerco2, la empresa del Grupo Roggio dedicada a la producción energética de fuentes renovables. Ecoayres y

Central Buen Ayre, las empresas que gestionan el complejo, participan incluso en el selecto grupo que opera en el mercado de bonos de carbono, una *reverdecida* fuente de lucro en un mercado por demás intangible. Pero este es otro tema.[8] Las plantas son "el tema", o vienen siendo instaladas como tales, en un amplio rango de medios y soportes discursivos, cuyo común denominador está dado por la relevancia otorgada a cifras y terminología técnica. Categorías como termovalorización, megawatts, reactores limitadores, manifolds, borneras de contraste, pueblan las líneas de crónicas y artículos. Una nota reciente dirigida al público general desde el sitio web de CEAMSE, describe en referencia a la planta: "*A continuación del sistema Kelburn se ha instalado un filtro BGAK (biogás AutoKleen) de PpTek*.". El empleo saturado de un argot especializado hipertécnico, no resulta una apuesta ingenua, sino que hace a la construcción de una estética particular que dota de cientificidad y complejidad a la gestión de residuos. Así como estas piezas periodísticas informan, también definen y segregan un campo de prácticas, un conjunto de actores legitimados para actuar en él. La gestión de los residuos se presenta como una cuestión *técnica*, como si pudiéramos espejar la situación los países centrales que cierta literatura fija como estandarte.[9] Aquí la discusión es otra. Además de hombres de gobierno y ambientalistas, tenemos "cartoneros" que se ganaron la posibilidad (aún disputada) de participar en la discusión pública sobre la gestión de residuos a fuerza de trabajo y lucha. Por lejos son quienes más han contribuido a mitigar la bomba de tiempo que constituye un sistema de rellenos sobresaturado. Incluso, al recuperar cientos de miles de toneladas de materiales para su reutilización y reciclado, aportaron a la drástica reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. Sin embargo, ninguno de ellos cobra bonos de carbonos por esta labor de efectos planetarios. Y eso que también gestionan *plantas*.

En José León Suarez existe *reloaded*. A escasa distancia de las centrales térmicas y dentro del mismo Complejo Norte III se levantan las denominadas "plantas de separación y clasificación de residuos". Agrupadas en el "Reciparque" de la CEAMSE, se trata de doce galpones que alojan cientos de trabajadores que operan una rudimentaria maquinaria para la clasificación y acondicionamiento de los residuos provenientes de la recolección domiciliaria. Del total, ocho son *sociales*, es decir gestionadas por organizaciones de base, y cuatro, por empresas privadas. La población que trabaja en ellas es la misma: habitantes de las barriadas populares que se fueron instalando a fuerza de ocupaciones de tierras en los bajos inundables que rodean al complejo del CEAMSE, incluso sobre antiguos vertederos a cielo abierto.[10] Al igual que *cartoneros* y *quemeros*[11] alimentan cotidianamente el circuito comercial e industrial del reciclado dispensando *energía metabólica*. Jalonado en turnos de ocho horas, cada operario/a flaquea los laterales de una cinta transportadora elevada a unos tres metros del suelo. Su misión es recuperar una o dos clases de materiales reciclables entre la basura mezclada que se desparrama sobre la cinta. Aquella materia que no es recuperada (restos de poda y alimentos, pañales y apósitos, animales muertos, etcétera) cae desde la cinta a un contenedor para ser finalmente enterrada. Aun en estas condiciones, conviviendo con la materia en descomposición, el trabajo en las *plantas* va modelando un *expertice* clasificador que dota de habilidades para distinguir, por ejemplo, entre los diecisiete tipos de plásticos empleados en la fabricación de artículos de consumo masivo. Un *oficio emergente* que de a poco va afianzando su lugar entre categorías laborales de raigambre más profunda como el servicio doméstico y la albañilería. Esta "*cultura material en acto*"[12] requiere (in)corporar disposiciones sensomotrices que afinen los sentidos, requisito *sine qua non* para reconocer y clasificar materiales; pero también otras que inhiban o atenúen el registro sensorial, permitiendo sobrellevar largas horas en contacto directo con restos en descomposición. La materia manipulada pierde condición de exterioridad para incorporarse en las personas, delineando gestos, cuerpos, movimientos y subjetividades. El olor y la mugre resultan inherentes a la *clasificación como tecnología encarnada*.

En José León Suarez *all together*. En idéntico territorio conviven tres experiencias que vinculan residuos y energía. Me corrijo. En realidad son tres modelos para *pensar y hacer* en torno a esta relación. El primero se funda en una concepción que a todas luces se revela insostenible: aquella que genera dinero de la dilapidación de recursos reciclables, sostenida en una desresponsabilización colectiva respecto de la genealogía del sistema en su conjunto. En contraste, las dos restantes proponen desplazamientos troncales a esta perspectiva. Reaprovechar fuentes de energías, reciclar materiales, en suma: retroalimentar pensamiento y acción para abrir brechas en el sentido común y para dejar en claro que el cambio urgente es una responsabilidad colectiva. Esto es un hecho. Las *plantas térmicas* y las *plantas sociales* lo son. Sólo que, en rigor de verdad, las últimas resultan la imagen especular invertida de las primeras.

"*Única en su tipo en el país y una de las tres mayores en Sudamérica*", rezaba la nota en una revista de negocios *eco-friendly*[13]. La hipervisibilización de las plantas térmicas, destacando su parafernalia técnico-instrumental, los millones invertidos, los desafíos ingenieriles superados, reactualizan su ascendente totémico en el imaginario de una sociedad que –como bien apunta Christian Ferrer– reconoce un particular goce en el "snobismo tecnológico" que garantiza la "modernidad a toda costa"[14]. Sin embargo, el crudo reverso de estos brillos se revela en las plantas vecinas, precarizadamente *sociales*, tecnológicamente vetustas, que remiten vergonzosamente a un taylorismo primitivo para organizar la clasificación de residuos. Hecho presentado como un logro de las políticas públicas de

formalización de cartoneros/as y quemeros/as. Eso sí, en este caso no hay discurso mediático, ni fotos, ni argot técnico, ni cifras millonarias, ni proyecciones a futuro, y menos una mínima referencia a su enorme (y cotidiana) contribución socio-ambiental.

Lejos del *charme* de las grandes obras de infraestructura y su estética modernizadora, las *plantas sociales* navegan cansinas como barcazas oxidadas de otra época, pese a su botadura reciente. En ellas no se genera, se quema energía. Más precisamente cientos de personas organizadas en turnos consumen su energía vital en hacer el trabajo que podríamos realizar en casa (separación en origen) y que el Estado debería garantizar como servicio público esencial (recolección diferenciada) reconociendo de este modo (económicamente también) la contribución ya histórica del trabajo cartonero. Esto es, no solo disminuir el volumen de residuos enterrados indolentemente, sino principalmente *desfetichizar* la gestión de los residuos en la metrópoli. Ponerle cara, cuerpo y nombre a la enorme cantidad de trabajo humano requerida para que la materia descartada se degrade, se recicle, se transforme.

Lo siento.

Papá Noel no existe y la bolsa de basura no desaparece al tirarla en el contenedor de la esquina.

---

[1] Douglas, Mary. *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid, Alianza, 1973.

[2] Luego cambió a su nominación actual: Coordinadora Ecológica del Área Metropolitana.

[3] Schamber, Pablo - Suárez, Francisco. *Recicloscopio: Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

[4] La contaminación de aire y agua (por filtración de lixiviados) en barrios circundantes dio lugar a denuncias penales y movimientos de protesta que llegaron a forzar el cierre definitivo de algunos de estos sitios.

[5] Appadurai, Arjun. *La vida social de las cosas: Perspectiva cultural de las mercancías*. México, Grijalbo, 1991.

[6] Miller, Daniel. *Material culture and mass consumption*. Oxford, Basil Blackwell, 1987.

[7] Cerdá, Emilio. *Energía obtenida a partir de biomasa*. Cuadernos Económicos del ICE, Nro. 83, 2012.

[8] Las reducciones de emisiones de Gases de Efecto Invernadero se miden en toneladas de CO2 equivalente, y se traducen en Certificados de Emisiones Reducidas (CER). Un CER equivale a una tonelada de CO2 que se deja de emitir a la atmósfera y puede ser vendido en el mercado de carbono a países Anexo I (industrializados, según protocolo de Kioto). Los tipos de proyecto que pueden aplicar a una certificación son, por ejemplo, generación de energía renovable, mejoramiento de eficiencia energética de procesos, reforestación y limpieza de lagos y ríos.

[9] Incluso este mismo sesgo puede identificarse en la recuperación vernácula de perspectivas críticas elaboradas en el hemisferio norte. Una notable excepción está dada por el trabajo de Gisela Heffes que además de proponer una lectura situada de la perspectiva "ecocrítica", elabora una nueva episteme recurriendo a representaciones visuales, textuales y artísticas latinoamericanas. Ver, de esta autora: *Políticas de la destrucción / Poéticas de la preservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Serie Ensayos críticos. Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2013.

[10] Cross, Cecilia. "Vulnerabilidad social e inempleabilidad: Reflexiones a partir del estudio de un programa de reciclado de residuos sólidos urbanos" en: *Trabajo y Sociedad*, Nro. 21, 2013.

[11] Las personas que ingresan al relleno para abastecerse de materiales se denominan *quemeros/as* dado que antiguamente los residuos se incineraban en lo que se denominaba la quema.

[12] Julien, Marie-Pierre; Rosellin, Céline; Warnier, Jean-Pierre. "Pour une anthropologie du matériel" en: Julien, Marie-Pierre; Rosellin, Céline. *Le sujet contre les objets… tout contre: Ethnographies de cultures matérielles*. París, C.T.H.S, 2009.

[13] *Revista Futuro Sustentable*. Año 8, Nro. 48, 2012.

[14] Ferrer, Christian. *Mal de Ojo: El Drama de la Mirada*. Buenos Aires, Colihue, 2005.